

gobernador Felipe Gutierrez la cibdad de la *Concepçion*, y tambien la pudiera llamar de la aflicion, porque él y todos tenian trabaxo extremado. É no le culpo, si él les daba su hacienda á aquellos compañeros á los presçios ques dicho en la verdad, porque aunque en España parezcan exçessivos, no lo son acá en estas partes, en espeçial en tierras nuevas donde se llevan con mucho riesgo é costa; é lo que el Rey no haze con sus vasallos que le van á servir é le conquistan la tierra con tantos peligros, no es raçon que se pida á un gobernador que lo haga, ni que dé su hacienda á ninguno á quien no la deba, pues cada uno vá á ganar para sí. Dexemos de darle culpa ni le quitemos de todo punto della; pero le demosla al tiempo é á la manera que se tiene en estas armadas, porque las más vezes el capitan no sabe á dónde viene, ni los que le siguen á dónde los llevan, en espeçial nuestros españoles que son tan amigos de la guerra, que á quien la hazen primero es á sí mesmos de mal considerados.

Tornemos á esta gente infeliçe, que estando ya en extrema nesçessidad, el gobernador á los que le quedaban les hizo un largo raçonamiento, exortándolos para que entrassen la tierra adentro á buscar de comer é algund buen assiento donde poblassen, dándoles esperança que sus trabaxos é nesçessidades se repararian. É para este efeto mandó que fuesse gente por ambas costas el rio

arriba, é fué el capitan Carrillo Gutierrez con ochenta hombres por la costa de la parte del Oriente ó de hácia el Nombre de Dios, é por sus acompañados el capitan Mercadillo é Pedro de Ençinasola: é por la otra costa de hácia el Poniente fué otro capitan, comendador de la Orden de Sanct Johan de Rodas, que se decía Chripstóbal Enriquez, con septenta hombres, é otro capitan llamado Castillo; y estos llevaban por lengua un indio, que se avia tomado en las islas de Çerebaro. É anduvieron tanto, que por ençima del nascimiento del rio el comendador y los que con él yban se juntaron con los del Carrillo Gutierrez en unos buhíos del caçique Dururua; é antes que se juntassen avia tornado atrás el capitan Mercadillo al real á pedir al gobernador socorro, porque la gente estaba enferma: y no sabiendo que se avian juntado los unos é los otros, como es dicho, envió el gobernador al capitan Alonso de Pisa con quarenta hombres. Aquellos que estaban en los buhíos, como los indios les daban rebatos y escaramuças é no querian paz, quemáronles el mahiz que tenian, que era mucho, y despues les hizo mucha falta. Y sabido el gobernador que cada dia adolesçian é morian desta gente, é no haçian algun fructo, enviólos á llamar é que se viniessen al pueblo de la aflicion que digo; é assi lo hicieron con algunos indios é indias que se avian rancheado en aquellos treynta ó quarenta dias, que en esta entrada estuvieron.

CAPITULO V.

De otra entrada que se hizo en que fué presso el caçique Dururua, y de la prudencia y engaño con que fué libre y los chripstianos desbaratados é algunos muertos, é otras cosas.

Despues que tornaron los capitanes de la entrada que se dixo en el capítulo de suso, y acabados de hazer los buhíos de aquella cibdad de la *Concepçion*, fué acordado por el gobernador Felipe Gu-

tierrez que se hiçiesse otra entrada, por ver si se sacaria mas remedio en ella de lo que se ovo en la passada; y porque él estaba enfermo, mandó que fuesse por su teniente de capitan general Alonso de

Pisa, é mandó que el padre Johan de Sosa fuesse allá*; y porque Alonso de Pisa era mal quisto, quiso aquel padre reverendo yr por general, y el gobernador lo reprendió, diciéndole que en las armas no se admitian á los saçerdotes ni pareçia que era conviniente: á lo qual aquel padre, tornando por sí, vinieron á malas é feas palabras; pero al cabo se hizo lo que el gobernador mandó, é consintió que el clérigo fuesse y que el teniente se nombrasse Diego de Pisa, hermano del otro Alonso de Pisa: y fueron los oficiales de Su Magestad assimesmo á esta entrada, en que ovo de número çiento y çinquenta hombres. É llegaron á donde el capitan Carrillo é los otros españoles avian llegado en la otra entrada antes de esta, y passaron de allí é llegaron á aquel buhío que se decía *Çapi*, é halláronle despoblado: é passaron media legua de allí á otro que tambien hallaron solo é sin gente, en el qual reposaron los nuestros. É desde aquel buhío començaron á hazer entradas, repartiéndose los capitanes con parte de los españoles; y un dia fué presso el caçique Dururua con treçe ó catorçe personas, é truxéronlos á aquel buhío é allí interrogáronle el padre Sosa y los demas y pedíanle *tingla*, que en la lengua de Veragua quiere decir oro; y el caçique dixo que le diessen uno de sus indios que avian prendido con él y que lo enviaria por *tingla*, é les traeria quatro havas ó çestas llenas de *tingla*: que segund del tamaño quel las señalaba que serian, por lo menos cabria en cada una mas de dos mill pessos de oro en aquellas patenas é pieças labradas que los indios usan. É aquel indio se le dió al caçique y él le mandó lo que avia de hazer é ordenóle que volviesse desde á quatro soles, señalando al sol y alçando quatro dedos en la una mano, ques una comun

* En la márgen izquierda del MS. que sirve de texto, se lee la siguiente nota de letra diferente,

manera de contar los dias entre los indios, ó por tantas lunas. Este mensagero no tornó, é los españoles decía al caçique que cómo no volvia, y él respondió que no lo sabia; pero que le diessen otro indio é que lo yria á saber é mandaria que le truxessen el oro que avia prometido: é assi le dieron otro indio y tampoco volvió, y despues le dieron otro tercero é hizo lo mismo que el primero y el segundo; y créese que estos indios quel pedía y envió no eran los mas neçios. Visto esto, dixo el caçique que aquellos indios eran bellacos, y que lo llevassen á él atado ó como quisiessen quel yria y les daria el oro, con tanto que le prometiessen de lo soltar despues, y de averle por amigo para adelante. Y por sus palabras fué creído; é aquellos capitanes sobre sus fées y el clérigo por sus órdenes sacras se lo prometieron, y le dieron crédito, en confiança quel capitan Pedro de Ençinasola con treynta hombres y el capitan Pisa y el thessorero fueron con él. Llevando el caçique una cadena con una collera de hierro al cuello y el Pedro de Ençinasola teniendo por el cabo de la cadena, caminaban con él como se suelen llevar los perros ventores ú otros canes de traylla. Y cómo el Pisa y el thessorero se cansaron, ellos é mas de la mitad de aquellos treynta que yban á ver este miraglo, se quedaron atrás é se tornaron al buhío; y el Pedro de Ençinasola para ganar al caçique la voluntad, por el camino le dió algunas puñadas. Ved que manera de halago para el que yba á darles lo que no les debia! Y porque algunos de los compañeros le decía que no le tratasse mal, reñia con ellos y les decía qué sabian ellos cómo se avian de tractar los indios, é aun con alguno llegó á más que palabras.

Desde á çinco dias que caminaron con

bien que del mismo tiempo: «El padre Sosa era hijo de un atahonero de Sevilla, en la calle de Limones.»

el caçique, llegaron á un buhío que estaba despoblado sin gente, porque como sintieron los chripstianos huyeron los indios, é dexaron allí una canoa pequeña con chicha, ques aquel vino que los indios hacen del mahiz. Y estos chripstianos bebieron é repossaron allí con mas descuido de lo que les convenia, é ataron el caçique con la cadena á un poste de la casa; y por lo que subçedió es de creer que al caçique le sobraba la prudencia que faltaba á los que le tenían presso, y que con aquellos mensajeros quel avia enviado por tingla ú oro avia concertado su deliberacion. Y entretanto dixo á los chripstianos que cavassen en ciertas partes del buhío y que hallarian tingla; é assi cabaron tres dias, haciendo muchos hoyos, y al cabo deste tiempo hallóse una sola patena pequeña y delgada, de oro, que podria valer diez ó doce pessos. Y enojado el Pedro de Ençinasola de ver que no se hallaba mas oro, dióle con ella en la cara al caçique en pressencia de todos, llamándole perro y maltractándole; y el caçique con mucha paçiencia dixo que lo llevassen á otro buhío y que allá les daria el oro que avia prometido. É assi lo llevaron adelante al otro buhío que estaba en una ladera é le hallaron solo, y por señal dixo preguntándole por el oro, que otro dia lo daria, que vernían allí con ello sus indios. É otro dia por la mañana en esclareçiendo, vinieron mas de seysçientos hombres de guerra fechos tres esquadrones, é por tres partes, con macanas é varas é lanças luengas de palmas negras que paresçen hebeno (fortíssimas é gruesas, que exerçitan á dos manos, aguçadas las puntas de las hastas), començaron á combatir el buhío: é salió á ellos con un montante un alferrez, llamado Alonso Perez con siete ú ocho compañeros fuera de la casa, é los demás españoles la defendian por de dentro; é aqueste Alonso Perez con su buen pelear y esfuerço desba-

rató la una esquadra de los indios, en socorro de los quales acudieron las otras dos compañías. É como era mucha gente, mataron á los ocho chripstianos, é diéronle al Alonso Perez çinco ó seys heridas malas, é los indios por dos ó tres partes pegaron fuego al buhío, y ardia.

Pedro de Ençinasola dexó la espada é la rodela por no yr embaraçado, é con solo un puñal en la çinta huyó al arcabuco y emboscóse, y cómo el Alonso Perez se halló solo y herido, ovo de nesçessidad de hacer lo mismo: de manera que estos dos y otro mançebo, sobrino del clérigo Sosa, escaparon solamente, y cada uno por su parte. É por salvar los indios á su caçique, que estaba atado con la cadena como es dicho, é que no se quemasse en el buhío, no siguieron á los tres chripstianos que huyeron; pero tomaron á todos los otros que avian hasta allí llegado, que eran diez é siete, porque el Pisa y el thessorero, como no tenían tales piés como el Pedro de Ençinasola, ya se avian quedado atrás. Desta manera cobraron los indios su caçique y se lo llevaron.

Estando la otra gente restante en el buhío, que se dixo con el clérigo Johan de Sosa, un Justo Garçia, muy familiar y açeto al gobernador, escribióle que si queria gobernar que fuesse allá, porque el clérigo se decía gobernador, lo qual era falso; y el gobernador, aunque no estaba sano, púsolo por obra é fué allí con sessenta hombres, é repartióles harina é dióseles á media hanega por hombre por mucha merçed, para que fuessen de buena gana, pero no graçiosamente dada ni en presçio menor que se la solia vender, sino fiada, é mancomunados los que la rescibieron á pagar á çierto plazo, el qual nunca llegó; é de aquellos se murieron en el camino tres hombres. É llegado el gobernador al real, el padre Johan de Sosa lo rescibió muy bien, y estuvieron allí doce ó treçe dias, en el qual tiempo Pe-

dro de Ençinasola é los otros yban con el caçique á lo ques dicho que les subçedió, y por la mucha hambre que avia y falta de mantenimiento mataron una yegua para la comer, que era de Pedro de Ençinasola, é ya avia llegado de donde vino huyendo, é la vendió á la gente en çarenta pessos de oro. Y repartiéronse los tasajos desta yegua y con ellos caminó la gente para entrar la tierra adentro, porque el gobernador, sabido el desbarato y muerte de aquellos compañeros, propuso de castigar á aquel caçique que tal burla les avia hecho; y parésçeme á mí que si en un tribunal seguro le oyeran á justicia con Pedro de Ençinasola é con los demás, que de nesçessidad y conforme á retitud absolvieran al caçique é condenáran á la parte adversa en todas aquellas muertes y trabaxos y hambres padescidas y por padescer, y mas en las costas de los bastimentos y otras cosas que la cresçiente del rio les llevó, y en muchas mas desaventuras que se les siguieron por sus méritos y determinacion de Dios.

Tornando al camino, digo que llevaba el gobernador çarenta ballesteros de sola la guarda de su persona, é los que yban dolientes yban en la retroguarda, ó mejor diçiendo sin guarda ni cuidado dellos. Y en partiendo de allí, salieron al camino hasta veynte é çinco ó treynta indios de guerra, y como la tierra es asperíssima y de malos passos, é aquellos de los naturales della mejor entendidos, dieron en la reçaga é mataron dos chripstianos é hirieron otros tres; y aunque daban alarma, ni el gobernador ni otros los socorrieron ni hiçieron más de tirar de largo hasta que paró el gobernador una legua y media adelante, á par de un rio, donde esperó é durmieron aquella noche.

Otro dia siguiente caminaron con mejor órden, é dos leguas de allí hallaron un pueblo de quatro buhíos grandes, porque por la mayor parte en aquella provincia

todos los pueblos son de quatro ó çinco casas ó buhíos, é algunos mas ó menos; é aquestos hallaron yermos, sin ánima viviente en ellos. Allí repossó el gobernador y su gente dos dias, porque hallaron algund bastimento, é mataron un caballo de un Johan Ortiz para comer é yr adelante: el qual se vendió para este efeto á la compañía en çiento é çinquenta pessos.

Allí en aquellos buhíos se quedó el alferrez Alonso Perez que se dixo de susso que avia muy bien peleado y fué herido en la guaçabara donde perdieron al caçique Dururua: é allí lo mataron despues muy cruelmente los indios, de que fueron ydos de allí los chripstianos, porque como sus heridas primeras no le dexaban ni podia andar, se quedó allí á padescer.

Antes que destes buhíos se fuessen, envió el gobernador un fulano del Castillo con diez hombres por una parte, é á Pedro de Ençinasola con otros tantos por otra, para que viessen los caminos é disposicion de la tierra, é volviessen desde á tres dias á los mismos buhíos á dar raçon de lo que hallassen.

Pedro de Ençinasola volvió é dixo que no hallaba nada: el Castillo topó con dos buhíos, de los quales salieron muchos indios que los aguardaban, é pelearon con ellos é mataron dos chripstianos é hirieron otros dos; y el Castillo y los demás tornaron huyendo, y los indios siguiéndolos hasta par del real. Y el gobernador acordó de yr por aquella parte con hasta dosçientos é sessenta hombres: é dióse la avanguardia á Johan Ortiz con hasta veynte hombres de los mas sueltos; é llegados á çierto passo malo, salieron unos veynte indios que guardaban aquella entrada, é defendiéronles que no passassen, é mataron al capitan Johan Ortiz é hirieron á otros seys ó siete chripstianos: é nunca les pudieron ganar el passo hasta que los indios ovieron acabado las armas de las varas é piedras que tiraban con mu-

cho denuedo. Pero al fin los chripstianos perseverando en su buen esfuerço, les ganaron el passo é pusieron en huyda los indios, y la gente passó media legua adelante, donde reposaron un dia. Desde allí envió el gobernador á Pedro de Ençinasola adelante á ver si se hallaria alguna cosa de comer, porque era hombre diligente é grand peon; é halló cinco buhíos é muchos mahizales, é vino á lo decir al gobernador, el qual fué allá con la gente é assentó su campo donde mejor le paresció. É desde allí salió por su mandado una quadrilla de diez hombres por mahiz, é los indios los mataron á todos, que no escapó hombre dellos. Aquella misma noche envió el gobernador á su Pedro de Ençinasola con el alcalde mayor é teniente Marcos de Sanabria con sessenta hombres á unos indios, que se hablaban con ellos.

Diçen algunos que ydos allá, los hallaron en unos buhíos, é que no los ossaron acometer é se tornaron al real con vergüença é dando malas disculpas, é luego los indios se fueron de allí la tierra adentro. Otros cuentan esto de otra manera, é diçen que aunque vieron los indios çerca, que la dispusiçion de la tierra era tal y con un hondo valle enmedio, é tan áspera cosa andar é con tanto peligro, que se cree que ningund chripstiano quedará con la vida. Y esto es de creer, porque á tanto número de españoles no los esperaran los indios tan çerca sino en una de dos maneras: ó seyendo muchos más que el doble de los nuestros, ó por señalada é segura dispusiçion é ventajosa de los passos é lugares por donde los chripstianos avian de yr á ellos. Y desta manera algunos loaron la prudencia del Sanabria; y casos hay en que se debe loar el discreto retraer é no poner á total riesgo la gente, y es muy mejor que el loco atrevimiento y temerario acometer. Y demás desso, como el Pedro de Ençina-

nasola era grand peon é suelto, y de todas las cosas que él avia guiado no se avia açertado alguna, teníanle por vano, y paresçiales á los que allí yban que era mayor vanidad yr tras él; é murmurando decían entre sí que los llevaba á la carneçeria, é que puestos en ella, él se avia de escapar por sus buenos piés. É sintiendo esto el Sanabria, acordó que era mejor quitar la gente de tales sospechas é conservarla: é dió la vuelta, é todos con él hicieron lo mesmo.

En aquel pueblo ya no avia cosa alguna que comer, é morian de hambre; é allí mató el clérigo Sosa un caballo suyo é lo dió á la gente para que lo comiessen, sin les pedir ni llevar presçio por él. É vista la extremada nescessidad, é que cada dia adolesçian é peresçian de hambre, acordó el gobernador de dar la vuelta á aquella poblaçion é cibdad que'l puosso nombre la Concepçion é yo la llamo lugar de afiçion é muerte, pues assi lo fué á muchos. É puestos en camino, el gobernador llegó de los primeros con los que mas sanos estaban, é los que le seguian anduvieron cada uno como pudieron, porque yban muy cansados é flacos y enfermos la mayor parte dellos: y el primero dia que se començó este camino para se tornar, mataron los indios un chripstiano de los que quedaban postreros, é un rio se llevó otros dos; é pocos á pocos llegaron los que quedaron vivos desta entrada inútil, é vergonçosa jornada ó viaje.

No he querido decir algunas particularidades ni cosas vergonçosas de algunos capitanes destes en aquellas miserias de ranchar de aquellos indios, ni cómo al capitan Mercadillo le mataron un chripstiano y un negro é le hirieron otros hombres; ni quiero dexar de loar á una india, que con una macana le dió un golpe en un braço que se lo medio quebró á este capitan é le quitó lo que le llevaba. Pero porque se ofresçe un caso notable y

feo, é no para callar ni loar, sino para espantar é aborresçer, y el peor y más feo caso que hombres han acometido en

estas partes con nombre de chripstianos, decirlo hé en el capitulo siguiente.

CAPITULO VI.

Como çiertos malos chripstianos (lo qual no afirmo que chripstianos fuessen, aunque assi se llamaban) con hambre comieron un indio é mataron dos españoles chripstianos é se los comieron assimesmo, á la qual maldad otros les ayudaron, y del castigo que se hizo en ellos.

Prosiguendo su camino el gobernador Felipe Gutierrez para aquel pueblo donde tenían su asiento, como se dixo en el capitulo de susso, é yendo trás él como podian los pobres é cansados compañeros sus milites, con mucho trabaxo y extremada hambre, y dexando atrás muchos de los muertos; yba entre los otros un Diego Lopez Dávalos, y en el camino, enojado de un indio suyo, echó mano á su espada é matóle, porque le costó poco criarlo, é le paresció que importaba mas su yra que no aquella ánima que Dios allí puosso, y él pudiera ayudar á que se salvasse: que fuera mejor que, seyendo homiçida, dar ocasion á se perder las de ambos. É fecho este cruel desatino, siguió adelante trás el gobernador. De los chripstianos que llegaban atrás, llegaron dos adonde el indio muerto estaba, y eran un Diego Gomez y un Johan de Ampudia, natural de Ajofrin; é paresçiéndose que se les aparejaba buena çena, acordaron de passar allí aquella noche á çelebrar las obsequias de aquel indio y sepultarle en sus mesmos vientres. ¡Oh malditos hombres! ¡Oh improprios chripstianos! ¡Oh verdaderos lobos y no hombres humanos, que tan poco aveis de vivir, por larga que sea vuestra vida, y tal crimen ossais cometer! ¿Esse es el oro, que veniades á buscar á las Indias? ¿No os acórdays que tenéys ánimas? El caso es que por saçiar su hambre é nescessidad, hicieron fuego é hartáronse de la carne de aquel indio, bien ó mal asado.

TOMO II.

Otro dia siguiente estos dos hombres é otros que no yban menos flacos é hambrientos, llegaron con los postreros á otros buhíos, donde ninguna cosa avia que comer y peresçian de hambre: é aquellos dos que ya se avian çenado el indio, mataron un chripstiano que se decía Hernand Dianas, natural de Sevilla, que en su compañía yba doliente, é comieron dél estos dos malos hombres, é ayudáronles á ello un gentil hombre catalan, llamado Johan Maymon, é otro que se decía Johan de Guzman, natural de Toledo, é Johan Beçerra de Truxillo, é Diego de Eçija é otros hasta en número de diez, é juraron todos de no lo descubrir. Despues que ovieron comido aquel pecador, durmieron allí aquella noche. El dia siguiente se partieron, é caminando, fueron á tener la noche á otros dos buhíos que estaban ya á legua é media ó dos leguas del real é pueblo de la Concepçion, donde el gobernador estaba; y essa noche los mesmos dos hombres Johan de Ampudia é Diego Gomez, que eran caudillos en este manjar de carne humana, é otro tal como ellos, mataron otro español que estaba doliente é se decía Alonso Gonçalez, natural de Ronda, y ellos é los otros siete se lo comieron assimesmo: é aquellos matadores ovieron malas palabras sobre qual dellos avia de comer los sesos, y venció el Johan de Ampudia, que era el peor é mas crudo de todos, é aquel los comió, é aun el mismo debate tuvieron del hígado.

Despues de llegados los nueve destes